

27. Agosto. 1959

# LAS PROVINCIAS

Desde Candás escribe M. Gómez Santos

## CANDÁS, EN LOS MAPAS TURISTICO Y LITERARIO DE ASTURIAS

\* Palacio Valdés situó aquí la acción de "José"

\* La romería del Cristo de Candás tiene renombre en la provincia y fuera de ella

**L**EGAMOS a Candás, cuyo nombre figura en los mapas turístico y literario de Asturias. Porque está situado en el corazón de la Costa Verde, a un kilómetro de la ciudad residencial de Perlora, y porque don Armando Palacio Valdés situó gran parte de la acción de su novela «José» en esta villa marinera.

Las guías de turismo no recogen el matiz anecdótico de Candás, que también está lleno de leyenda. A finales del siglo pasado paseaba don Armando por Candás, acompañado de Jenaro Alas, hermano de «Clarín», cuando vieron a una joven candasina asomada a la ventana. Así conoció Palacio Valdés a su primera mujer, que murió muy joven y que el novelista incorporó a su obra literaria con el nombre de «Maximina».

Candás tiene sus veraneantes tradicionales, sus veraneantes adultos que van allí desde niños, y sus niños, que seguirán acudiendo de mayores y de viejos, porque es una villa marinera llena de encanto, como miniada en la página de un códice, a la orilla del mar Cantábrico.

Candás tiene su flota: 75 barquitos de vapor, unas veinte barcas con motor y unas cincuenta con remos.

Por las tardes puede verse a los viejos marineros sentados en el puerto, allí donde cuelgan las redes a secar, fumándose un pitillo o una pipa y mirando silenciosos al mar. Son los marineros de más tradición, con los de Lastres y Cudillero.

En la villa hay 16 fábricas de conservas y al lado de las viejas casonas solariegas y de las típicas casas de pescadores pueden verse edificios de arquitectura funcional, con cafeterías supermodernas, con taburetes en la barra y batidora. No es por ir contra corriente, pero prefiero los típicos «chigres» de Candás, donde se escancia buena sidra de

Nava. Porque uno no está todavía para cometer el pecado de tomar un «Cuba libre» en Candás. Aquí hay que merendar sardinas fritas o ventresca de bonito con abundante sidra y dejarse de emparedados y «coca-cola», que aquí sería una cursilería inaguantable.

Tiene renombre en Asturias, y aun fuera de ella, la fiesta del Cristo de Candás, que se celebra el 14 de septiembre. Es una romería astur que conserva todo su encanto de romería antigua, con romeros que llegan desde toda la provincia, principalmente de los concejos marineros, a cumplir promesas y a dejar exvotos.

La imagen del Cristo de Candás—la antigua, porque fue robada en 1934—tenía su leyenda. Un monaguillo avispado nos la repite. En 1530 los marineros candasinos llegaban hasta las costas de Irlanda para pescar ballenas y allí encontraron flotando, sobre el mar, la milagrosa imagen. Dicen que Enrique VIII de Inglaterra, en un ataque de cólera porque el Papa no le había anulado el matrimonio con doña Catalina, hizo una revolución contra la Iglesia y empezó a hacer barbaridades y a quemar imágenes y a tirar otras al mar.

Los de Cudillero andan en polémica con los de Candás porque dicen que Palacio Valdés, en «José», se refiere a Cudillero, llamándole «Rodillero»; pero los de Candás se agarran a un argumento contundente, y es que don Armando hace una detenida descripción del Cristo de Candás. A mi me parece que los dos tienen razón y que el novelista tomó de los dos lugares marineros detalles para su novela.

Ya te decía yo, lector, que Candás está empapada de leyenda. Porque una de las más bellas de todas cuantas pueden contarse es la leyenda del «pleto de los delfines», que así se la conoce en Asturias. En 1616, los pescadores candasinos armaron la marimonera y se querellaron nada menos que con los delfines, que abundaban en las aguas. Decían que les rompían las redes y que aquello tenía que acabar. Le echaron al asunto todos los requisitos legales que manda la ley, y fueron a Oviedo para cursar el escrito. Al cabo del tiempo tuvieron noticia los pescadores de que el asunto se había fallado favorablemente para ellos, y una tarde llegó el notario, a caballo, desde el principado de Asturias, que salió a la mar en barca, con su documento en la mano para comunicar el fallo a los delfines. Según reza la leyenda, los delfines abandonaron las aguas de Candás, y hasta la fecha no ha vuelto a saberse de ellos.

Yo me quedaría en Candás en una de estas casas modestas de pescadores, desde cuya ventana se ven llegar los barcos de pesca y donde las mujeres cantan mientras arreglan el cuarto:

«¿Qué lleves en esa saya,  
que tantu vuelu te da?  
Llevo roses y claveles  
para el Cristo de Candás.»